

# Colón, personaje novelesco

Después de que Fernando Colón escribió la vida de su padre, éste ha tenido entre sus biógrafos a George Washington Irving —*Life and Voyages of Christopher Columbus*, 1828—, Jacob Wassermann —*Christoph Kolumbus, der Quichotte des Ozeans*, 1929— y Salvador de Madariaga —*Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón*, 1940; además, algunos dramaturgos han puesto en escena su vida o su leyenda, como Lope de Vega en una comedia de 1604 y Paul Claudel en un ópera para la cual escribió la música Darius Milhaud. Por su parte, los historiadores han publicado innumerables tesis acerca del navegante. Alejo Carpentier adopta algunas de las más discutidas en *El arpa y la sombra* (1979), que escribió en respuesta a la ópera de Claudel, pero que también remite a muchas otras obras y sobre todo a una novela de Blasco Ibáñez, *En busca del Gran Kan* (1929).

*El arpa y la sombra* es por su forma una autobiografía —una falsa autobiografía, desde luego, por el estilo del *I, Claudius* de Robert Graves, igualmente irreverente y divertida— porque aunque se compone de tres partes y sólo la segunda está en primera persona, ésta es la más larga e importante —la primera parte es una especie de introducción y la tercera un epílogo—, de modo que el relato es sobre todo un monólogo (interno) de Colón que relee y comenta sus notas de viaje mientras aguarda al confesor en su lecho de muerte; también en la ópera de Claudel el almirante recuerda su vida antes de morir, pero esta semejanza con la novela es puramente formal, porque la interpretación de la historia es completamente distinta. Alejo Carpentier hizo una adaptación radiofónica de la ópera en 1937 y no hay duda de que escribió en contra de Claudel, porque para este escritor católico el navegante es (como su propio nombre ya implica) una paloma mensajera —*Colombo*— que llevó el Evangelio —*Christophoros*— a nuevas tierras y que además reveló a los cristianos las verdaderas dimensiones de la creación, y en cambio él rechaza el carácter providencial de descubrimientos y procura explicarlo de manera materialista. Al bajar a Colón de su pedestal, Carpentier coincide con Blasco Ibáñez, pero sus motivos son diferentes, porque éste pretende poner al pueblo español en el lugar del genovés, mientras él sólo quiere presentarlo como un hombre de carne y hueso, por lo que no es extraño que adopten a menudo tesis contrarias. Sus novelas se oponen además formalmente porque *En busca del Gran Kan* se limita al primer viaje, y en *El arpa y la sombra* se cuenta toda la vida de Colón; éste aparece en aquella novela casi

<sup>1</sup> César Leante, «Confesiones sencillas de un escritor barroco», en Homenaje a Alejo Carpentier: Variaciones interpretativas en torno a su obra, ed. Helmy Giacomán (Nueva York: Las Américas, 1970) pp. 21 y 23.

siempre desde el punto de vista de otros personajes, es decir *desde afuera*, en tanto que Alejo Carpentier se decide por la perspectiva del propio protagonista.

## Secretos

Según fray Bartolomé de las Casas, Colón hablaba de las tierras que habría de descubrir «como si este orbe tuviera metido en su arca»<sup>2</sup>, y esto ha dado lugar a que se piense que poseía un secreto, que no es sin embargo el mismo para todos los escritores. Toscanelli le envió al rey de Portugal un mapa con una carta (fecha el 24 de junio de 1474) en que le aseguraba que se podía llegar a Cipango navegando hacia el oeste desde Lisboa, y Jacob Wassermann piensa que Colón tenía una copia de ese mapa que había obtenido del mismo sabio florentino, mientras que Madariaga supone que se la había robado a los portugueses<sup>3</sup>. También se ha dicho que Colón sabía que había tierras al otro lado del océano porque se lo había revelado antes de morir un náufrago español; ésta es la leyenda del piloto que durante un viaje de las Canarias a Madera (o a Inglaterra en otras versiones) había sido arrastrado por una tormenta hacia el oeste y había llegado a una isla muy extensa, de la que había logrado regresar; desgraciadamente, había perdido a la tripulación a causa de los trabajos padecidos y él mismo moriría después de contarle todo a la familia que lo había recogido en la isla de Madera o la vecina de Porto Santo. Por último, se asegura que el descubridor obtuvo en Islandia informes sobre el viaje de Lief Ericson a Vinlandia. De estas tres tesis, Blasco Ibáñez escoge la segunda, mientras que Carpentier opta por la tercera; ambas están bastante teñidas de chauvinismo.

Asegura el padre Las Casas que la historia del náufrago ya se escuchaba en La Española cuando él llegó allí en 1500 y la mencionan, entre otros historiadores, Oviedo (1536), Gómara (1553), el Inca Garcilaso (1609) y Orellana (1639)<sup>4</sup>. Aparentemente se forjó al calor de los llamados pleitos de Colón, y la nacionalidad del piloto moribundo era importante, porque con esta especie se trataba de desacreditar al almirante —el verdadero descubridor era entonces un español, del que el genovés se había aprovechado— y de justificar a la Corona, que se había negado a reconocer algunas obligaciones contraídas en las capitulaciones de Santa Fe con el navegante y sus descendientes. Blasco Ibáñez la maneja para quitarle méritos a Colón y aumentar los de los españoles: los marinos de Palos recuerdan «lo que le había ocurrido quince años antes a un piloto tuerto, vecino de la inmediata Huelva» las revelaciones del piloto moribundo o alguno de la familia Pellestrello» (p. 128)<sup>5</sup>. También en

<sup>2</sup> *Salvador de Madariaga*, Vida del muy magnífico señor don Cristóbal Colón (Buenos Aires: Sudamericana, 3.ª ed., 1944) p. 158.

<sup>3</sup> La primera tesis se encuentra en el libro de Jacob Wassermann, Cristóbal Colón, el Quijote del océano (Buenos Aires: Losada, 5.ª ed., 1958) pp. 25-30; la segunda en el de Madariaga, pp. 166-167.

<sup>4</sup> Samuel Eliot Morison, Admiral of the ocean sea (Boston: Little, Brown and Company, 1942) pp. 61-63.

<sup>5</sup> En busca del Gran Khan (Barcelona: Plaza Janés, 1978), p. 128; en lo sucesivo me limitaré a señalar la página entre paréntesis cada vez que cite esta obra o el texto de El arpa y la sombra (México: Siglo XXI, 1979).

la ópera de Claudel aparece el naufrago, pero no se dice que fuera español, y el episodio tiene más bien el propósito de presentar a Colón como el elegido para el descubrimiento<sup>6</sup>; además, el historiador Luis Ulloa reformó esta tesis a favor del navegante al afirmar que éste sabía que había tierras al otro lado del océano porque él mismo había estado en ellas y era el sobreviviente de un naufragio de que se habló después<sup>7</sup>.

Alejo Carpentier no sólo da por hecho el viaje a Islandia que se le atribuye a Colón, pero que ha sido muy discutido —mientras Menéndez Pidal lo considera entre «lo poco cierto»<sup>8</sup> que se sabe del navegante, Jacob Wassermann señala que no hay pruebas del mismo<sup>9</sup>—, sino que adopta una tesis «nórdica» que resulta escandalosa en los países latinos, donde siempre se han resentido los esfuerzos por acreditar la saga de Leif Ericson como un intento de reescribir la historia para quitarles la gloria del descubrimiento de América; incluso en los Estados Unidos se escucharon millones de protestas cuando la universidad de Yale publicó un mapa de Vinlandia en 1965, y la indignación popular llegó a tal grado que un candidato a la alcaldía de Nueva York, donde había novecientos mil descendientes de italianos contra sólo treinta mil personas de origen escandinavo, tuvo que hablar, «no como si se hubiera educado en Yale, (donde realmente había estudiado), sino como si Columbia University hubiera sido su *alma mater*»<sup>10</sup>.

La elección de Carpentier es indudablemente una provocación, pero no se reduce a eso, porque si Colón tenía un secreto, éste sólo podía estar relacionado para un escritor materialista con los viajes de los escandinavos, que son un hecho histórico comprobado, lo que no se puede decir del que se le atribuye al piloto moribundo; mapas como el de Toscanelli —que en *El arpa y la sombra* Colón llevaba consigo— no faltaban en esa época, pero ninguno de ellos le habría podido dar la seguridad de la información islandesa. Además, es posible que Carpentier adoptara la tesis «nórdica» porque recordaba la manera desapasionada y en absoluto chauvinista en que la rechazaron algunos escritores anglosajones y quiso actuar del mismo modo: Washington Irving había escrito que los escandinavos sólo tuvieron «pasajeras vislumbres del Nuevo Mundo... incapaces de guiar a él con seguro conocimiento» y que aun cuando Vinlandia fuera Terranova o la costa del Labrador, esas vislumbres pronto quedaron «obscurecidas»; posteriormente, Morison denunció como «un nuevo

<sup>6</sup> *«Le livre de Christophe Colom» en Théâtre, Bibliothèque de la Pléiade no. 73 (París: Gallimard, 1965) II, pp. 1139-1141.*

<sup>7</sup> *Enrique de Gandía, Historia de Cristóbal Colón: Análisis crítico de las fuentes documentales y de los problemas colombinos (México: Editora Latino Americana, 1953) pp. 149-156.*

<sup>8</sup> La lengua de Cristóbal Colón, *colección Austral, n.º 280 (Madrid: Espasa-Calpe, 5.ª ed., 1960) p. 13; lo cita Carpentier en El arpa y la sombra, p. 185, nota.*

<sup>9</sup> *Wassermann, p. 17.*

<sup>10</sup> *Arturo Arnáiz y Freg, «Colón y los vikingos», conferencia de 1965 publicada en Diorama (suplemento cultural del periódico Excelsior) el 31 de agosto y el 7 de septiembre de 1980.*

<sup>11</sup> *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colón, trad. de José García de Villalba (Madrid: 1833-34), t. I, p. 31.*